

paso de toda revolución triunfante y es la base de una futura industrialización.

Jorge Castañeda presenta en unas páginas la síntesis de la política exterior mexicana basada en principios emanados del movimiento revolucionario, y que ante todo, tienden a defender el derecho de los pueblos débiles sin menoscabo del derecho de las grandes potencias mundiales. La igualdad proclamada para el marco nacional debe elevarse al plano internacional. Las características del nacionalismo son examinadas por Javier Rondero quien nos dice que "Este nacionalismo... no es cerrado, hostil a los demás pueblos, negativo por ello e incapaz de activa cooperación internacional", sino todo lo contrario, ya que se ha prestado a cooperar con los demás pueblos en la búsqueda de soluciones para los graves problemas a los que se enfrenta la humanidad.

Las relaciones entre la Iglesia y el Estado son descritas por Jesús Reyes Heróles, quien comienza su análisis desde lo que se decía en la Constitución de 1824 hasta lo que se estampó en la Constitución de 1917. Si en 1824 el texto constitucional admitía a la Iglesia como un poder al cual, en cierta forma, se plegaba, en 1917 el texto constitucional alentado por el espíritu de los hombres de la Reforma y por los revolucionarios que en su elaboración intervinieron, coloca a la Iglesia en el sitio del que nunca debió salir para invadir la esfera del Estado, y por la orientación social del mismo, trata de "que no resurjan las viejas fuerzas que mantuvieron fluctuante durante largo tiempo a la sociedad mexicana." Vicente Fuente Díaz, por su parte, nos habla de los partidos políticos que han surgido desde la época revolucionaria, en tanto que Pablo González Casanova estudia la opinión pública, ese elemento tan importante que podríamos llamar, si se nos permite la expresión, "la voz del cuerpo social", y que tan

fatal resulta cuando se le impresiona equivocadamente.

Los procesos electorales son analizados someramente por Marte R. Gómez y en la parte final, Emilio Portes Gil expone sobre el *Sentido y Destino de la Revolución Mexicana*, anotando en el último párrafo de su trabajo: "Que se acaben los malos funcionarios, los gobernantes atrabiliarios, los malos líderes. Que se renueven los derechos obreros dentro de una moral estricta y justiciera; que se democratizen los industriales y que se acaben los negociantes de la política y, en fin, que los futuros gobiernos revolucionarios se conviertan, por su ejemplo, en guías de América y en atalayas del mundo democrático socialista del mañana."

Como un trabajo preliminar que sirva de guía a uno más extenso sobre la vida política de México en los últimos cincuenta años, el presente volumen es valioso. Aunque para el investigador minucioso de nuestra historia posrevolucionaria, el libro deja innumerables lagunas por llenar, ya que son muchos los puntos importantes que en el trabajo sólo se esbozan; sin embargo, nos da una visión de conjunto bastante cercana a la realidad, y, como en todas las panorámicas, los pequeños detalles se pierden en el conjunto aun cuando su importancia sea primordial. Como esfuerzo es loable y como trabajo sólo queda en esbozo de lo que es la realidad mexicana en su aspecto político. El gran estudio aún está por hacerse.

HÉCTOR MENDOZA Y CAAMAÑO

BRESCIANI-TURRONI, C., *Curso de Economía Política*. Vol. I, *Teoría general de los hechos económicos*, 574 págs., México, D. F., 1960. Vol. II, *Problemas de Política Económica*, 623 págs. México, D. F., 1961.

EN EL pasado año de de 1961 publicó el

Fondo de Cultura el volumen primero de la obra del profesor Bresciani-Turroni titulado *Curso de Economía*. Me impresionó fuertemente su lectura, por las razones más adelante expuestas: pero el anuncio de un segundo tomo, titulado *Problemas de Política* representaba un gesto tan nuevo y gallardo, en un teórico liberal de gran prestigio, que me animó a esperar —para el comentario— la publicación conclusiva de la obra, esmerada y ágilmente traducida por Alfredo Galletti.

Considero la edición de este libro como una de las realizaciones más logradas del Fondo, tan diligente siempre en regalarnos —a los trajinantes en el difícil camino de la Economía— con las publicaciones señeras de la cultura universal en este campo. La comparecencia del espíritu científico italiano, con una obra caudal, en el catálogo del Fondo, se ha dilatado hasta estos críticos momentos: y sólo una figura de atlántica experiencia universitaria, como el ilustre profesor Bresciani-Turroni, podía correr con fortuna el riesgo de presentar a los pueblos de formación latina un cuadro integral y armonioso de la Economía contemporánea.

Más de cincuenta años han transcurrido desde la iniciación de las actividades académicas del autor, en la Universidad de Padua (1909), más tarde continuadas en las de Génova (1917), Bolonia (1925), El Cairo (1927-1940), y Milán (1940) —su actual residencia—. A lo largo de esos años de actividad en la cátedra y en la investigación científica se entrevera su labor práctica, del más alto nivel: como asesor financiero en la Comisión de Reparaciones, durante la primera postguerra (1920-1929); como presidente del Consejo de Directores del Banco de Roma; como director ejecutivo del Banco de Reconstrucción y Fomento (1947-53); como experto en el Comité de técnicos “independientes” instituido

por la O.E.C.E. (1952) para el examen de la situación financiera interna de los países europeos (grupo presidido por Robbins, y en el que figuraron Lindahl, Marget, Masoin, Rueff y Schneider); como ministro de Comercio Exterior en el gabinete Pella (1953-54). Es miembro de la Accademia dei Lincei; del Institut de France; del Consejo de la Econometric Society, Chicago; de la American Economic Society. Su pensamiento sigue la línea de Pareto, de Pantaleoni, de Luigi Einaudi: su “patria chica” es Italia; el mundo, su “patria grande”. En 1932 publicó “La economía de la inflación”, una de las contribuciones mejores, entre las encaminadas a dilucidar el problema acaso más arduo de todos los tiempos.

No es esa larga y solemne cauda de méritos lo que me induce a destacar al autor y a su obra, sino la alta calidad humana de un intelectual que pone sin reservas todas sus inspiraciones y experiencias al servicio del progreso social del mundo contemporáneo.

Me pregunto, por lo pronto, cuántos economistas —viejos y nuevos— se atreverían a suscribir esta frase suya: “La Economía Política no debe cerrar el paso a la justicia.” Lo frecuente es lo contrario: constituir la Economía en la ciudadela impenetrable de los grandes privilegios, de la concentración de riqueza, del monopolio del poder político. Piensa Bresciani-Turroni, como otro extremista liberal, el gran Ferrara, en el bienestar de los pueblos. Recoge de Marshall la idea, válida a comienzos de nuestro siglo xx, de que “la Economía no describe la realidad, sino cómo actuarían los individuos guiados por criterios económicos”. Pero para nuestro autor esos criterios no se limitan a la maximización del beneficio, sino que se extienden al ancho campo de las responsabilidades sociales, de la adscripción a la comunidad.

Walter Fucken, con su cortante escalpelo germánico, nos presentó esta dicotomía: "De un lado la razón —de otro, la vida." Para Bresciani-Turroni es imperioso convertir el foso o abismo entre esos dos criterios, en una firme eslabón fraterno. Y de ahí arranca la justificación —valiosa en labios de un liberal incorruptible— de la creciente intervención del Estado, del esfuerzo por realizar el matrimonio fecundo de la teoría y los hechos, "de lo que se enseña y lo que se vive": lección ésta a tener presente por tantos y tantos profesores, si queremos hacer de nuestros alumnos no unos superhombres nietzscheanos, cargados con el cadáver de una ciencia estéril, sino unos seres humanos, provistos, al término de su carrera académica, con una luz mental juiciosa y analítica, rigurosa y eficiente, que les permita avanzar con firme paso entre las sempiternas pugnas y vacilaciones de los teorizantes, y "resolver" los problemas cada vez más áridos que la presente etapa histórica nos depare.

Necesitábamos todos un libro sobre Economía que nos diese un panorama integral de ese saber, científico y humano a un tiempo: un libro gracias al cual los estudiantes, los estudiosos, pudiesen contemplar en síntesis cuanto han escuchado de bueno en las aulas sobre temas específicos; cuanto han leído de permanente en obras sistemáticas, en monografías transcendentales —pero conflictivas; cuanto han leído de importante en la última revista, o escuchado en la conferencia o radiomisión más fresca y reciente. Y todo ello depurado, despojado de la hojarasca inútil, tamizado por la experiencia semisecular de un maestro a quien asiste una erudición cercana a la de un Marx o un Schumpeter; de un profesor con el manejo habilidoso de la alta matemática y de la gráfica geométrica *ad usum delphini*, en profundidad

pero con sencillez. Un libro ideal para el alumno que inicia las arduas materias fundamentales del *curriculum*, y con la lectura de un capítulo de esta obra encuentra el umbral de luz para penetrar con pie firme en un campo nuevo; una obra de consulta —a falta, en español, de un gran diccionario moderno— que le familiarice con el tema de un seminario; que le permita circunscribir y caracterizar al ámbito de su futura tesis; que le sirva de *repetitorium* para su examen profesional; que le prepare con rapidez para enfocar un proyecto de investigación, un informe profesional una conferencia política —o para hablar con precisión y sencillez en el círculo familiar o en el nivel de la camaradería académica.

Una publicación, además, para lectores inteligentes —estadistas, legisladores, servidores públicos, ingenieros y científicos, empresarios y líderes sindicales, administradores, demógrafos y sociólogos— a quienes el afán de agrandar su esfera de conocimientos, y la presión de las circunstancias actuales, les empujan a adiestrarse en disciplinas ajenas a las suyas, porque ha sonado la hora de la interdependencia de las ciencias, para hacer más eficientes los esfuerzos encaminados a derribar cuantos obstáculos se oponen al universal progreso del género humano.

Bresciani-Turroni no ofrece un libro que sustituya tantas obras excelentes como existen, sino una guía para entenderlas mejor y dar unidad a lo disperso. En cada caso específico, en cada problema espinoso, nos da el trasfondo histórico de ideas y problemas, a la luz de citas sobria y sabiamente elegidas, y nunca termina sin señalarnos los factores limitantes y las posibles aberraciones. Nos deja, pues, ilustrada la mente, pero libre, muy libre la razón, para seguir luego por propia cuenta el personal camino hacia metas lejanas, con la plena responsabi-

dad de nuestros futuros actos. No es, pues, una publicación capciosa, hecha para alimentar insitintos gregarios: no exige la adscripción incondicional a la fe, respetable, del autor, sino que expresa una conciencia con la esperanza de encontrar, frente a ella, otra igualmente sincera, aun siendo discrepante. Así ha ocurrido en mi caso, y eso da un cierto valor a mis elogios: la experiencia de mis largas lecturas me induce a recomendar la obra de Bresciani-Turroni con la seguridad de prestar un modesto servicio de información a quienes todavía no la conocen.

Subrayaré para terminar un punto importante: el primer volumen presenta con rigor, pero con claridad y sencillez, la teoría de nuestra escurridiza ciencia; el segundo tomo se atreve —atrevimiento grande— a tratar las difíciles cuestiones de la Política económica en estrecha correlación con los problemas teóricos. Con esa osadía se aparta y distingue de quienes sintieron y sienten la Economía como una ciencia discursiva y no, además, como un arte de buen gobierno. “El abanico” —como dice el autor— se abre totalmente, desde Platón hasta Punta del Este, desde los precursores luminosos hasta el neocapitalismo, el *automation* y las políticas socialistas de planeación central; siempre está nuestro autor en lucha con los nominalismos y en busca no de los símbolos sino de los bienes reales; no sólo se preocupa de las cifras, sino del hombre, libre e igual a sus semejantes esparcidos por todo el orbe terrestre, junto con ellos en el anhelo de una vida mejor. Porque según ya decía Croce, en 1923, “sólo existe seguridad dentro de una sociedad que englobe al mundo”.

MANUEL SÁNCHEZ SARTO

MODESTO SEARA VÁZQUEZ: *Introducción al Derecho Internacional Cósmico*. Prólogo de Isidro Fabela. Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales. México, 1961.

A PESAR de que el tema está siendo objeto de una frecuentación, que se acentúa de año en año, faltan todavía los libros esenciales, que puedan encerrar el compendio más completo del estado de la cuestión. Esa es así, por muchas razones, pero quizá la primera de todas sea esta: ¿En qué consiste la cuestión? ¿Qué es eso del Derecho Internacional Cósmico? Es decir, cuando un estudioso se enfrenta con el tema, lo primero que tiene que hacer es situarlo, ponerle unos límites, darle una forma, prestarle un sentido.

El Derecho Internacional Cósmico es algo que se está haciendo ahora mismo, que es faena y ocupación permanente de cancillerías, gobiernos, instituciones internacionales. Algo que no tiene un pasado, ni unos antecedentes, ni un apoyo definitivo. El hombre de vocación que se entrega a su estudio, procedente en general del Derecho Internacional Público, tiene que empezar rompiendo con sus esquemas acostumbrados, con sus figuras y sus normas usuales. Probablemente la única cosa que acerca o asimila a uno del otro, es que los sujetos son, por ahora, los Estados.

Leyendo a Modesto Seara, el joven profesor español que con tanta vocación, con tan terca insistencia, viene trabajando en este tema desde 1957, se nos abren los ojos y la imaginación a una multitud de problemas y de cuestiones, que no pueden agotarse con el libro. Para mí, la obra de Seara es un guión, un guión inteligente, lógico, razonado, completo, de lo que tiene que ser el estudio completo que él mismo, o su equipo, o sus discípulos, tienen que hacer un día.

Pero incluso esta idea ¿qué objeto tiene que la ciencia del Derecho Internacio-